

WOKE

Woke

Titania McGrath

Traducción de Alejandra Freund

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Woke*

Esta obra fue publicada en Gran Bretaña en 2019 por Constable. Esta edición se publica por acuerdo con Little, Brown Book Group

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2019 Titania McGrath
© de la traducción: Alejandra Freund, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-970-7
Depósito legal: M. 11.006-2020
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*La libertad solo se puede conquistar con penurias,
sacrificio y acción militante.*

Nelson Mandela

No es una sonrisa; es la máscara de un grito.

Bet Lynch

*Mi poesía es incondicional.
Mis instintos son profundos.
Los poderosos me temen.
Los oprimidos me adoran.
Soy la verdad.
Soy Titania McGrath.*

Titania McGrath

Índice

Introducción	11
Mi lucha	15
Que le jodan al patriarcado	21
La tiranía de los hechos	27
<i>Yo, víctima</i>	33
<i>Cómo electrocutar a un pastor</i>	34
<i>La condición humana</i>	35
Chúpame el hashtag	37
Muerte blanca	43
Mi cultura no es tu jodido vestido de graduación	51
<i>Apropiación cultural</i>	57
<i>La plaga de la blancura</i>	58
<i>Mi furiosa vagina</i>	59
Por qué ya no hablo de feminismo con los hombres	61
Ecosexualidad	69
El Brexit y la llegada del Cuarto Reich	75
<i>El Brexit de un niño</i>	81
<i>23 de junio de 2016</i>	82
<i>Brexit: un haiku</i>	83

Woke

El poder del coño	85
Matrimonio	91
Hacia una utopía socialista interseccional	97
<i>Oda a un sintecho</i>	104
<i>Meghan</i>	105
<i>Yo soy ellx</i>	106
Hadas muertas y agujeros delanteros	107
Islamofeminismo	115
El mundo no debe ser poblado	123
<i>Masculinidad tóxica</i>	128
<i>Menstruadores</i>	129
<i>Lamento del vegano</i>	130
Libertad de expresión	131
El Androcausto	137
Fascistas mecánicos	143
<i>Comedia</i>	150
<i>Mamá</i>	151
<i>Yo soy Titania McGrath</i>	152
Conclusión	153

Introducción

Dios es una lesbiana negra judía.

Derek Jarman

Yo nací siendo woke*. Mi consciencia es innata. Fluye por mis venas como un elixir mágico, mantiene mi alma pura y lista para el combate. En muchos sentidos, soy como la Juana de Arco de nuestros días: indomable, adelantada a su tiempo, con gran dominio del francés.

Algunas veces se me acercan desconocidos para darme la enhorabuena por mi inquebrantable sentido de justicia social. «Titania —dicen—, nos acabamos de conocer, pero me parece alguien cuya mera existencia personifica la conexión entre las virtudes del coraje y la verdad».

* *N. de la T.*: «Woke» es la forma en pasado simple del verbo «to wake», que significa «despertar». Es un término que se usa para describir a las personas concienciadas sobre la justicia social y las políticas identitarias.

Este tipo de cosas me pasan prácticamente a diario.

Con tu permiso, me presento. Mi nombre es Títania Gethsemane McGrath. Soy una poetisa interseccional radical comprometida con el feminismo, la justicia social y la protesta pacífica armada.

En los últimos años me he convertido en una figura descollante en los recitales de poesía slam. Para quienes no sepáis qué es la poesía slam, es como la poesía corriente, pero con más pausas. Al acabar se suele servir un bufet sin lactosa.

Actúo con frecuencia en festivales de arte, iglesias desconsagradas y retiros espirituales lésbicos. He escrito más de cinco mil poemas, de los que en este libro incluyo una selección. Uno de mis favoritos es «Cómo electrocutar a un pastor», dedicado a mi tío Asbjørn, el único hombre al que he llegado a amar. Descanse en paz cuando fallezca.

Hay momentos en que me asusta mi propio talento. A veces, cuando leo mi obra, no puedo evitar llegar a la conclusión de que soy la única artista actual digna de mención. Tengo una capacidad única para extirpar la intolerancia de la cultura occidental contemporánea con el bisturí lingüístico.

Como icono milenial a la vanguardia del activismo en redes, estoy excepcionalmente capacitada para guiarte a través de la apabullante multitud de conceptos que comprende la doctrina woke actual. En pocas palabras, soy mucho mejor persona que tú.

Esto no es arrogancia. Incluso diría que tener tanto talento es una maldición. Preferiría ser mediocre, como todos los demás.

La batalla por la justicia social lleva demasiado tiempo en manos de hipsters de clase media, de esos que compran en Urban Outfitters y piensan que el aceite para la barba es una buena inversión. En realidad, ser woke es mucho más fácil de lo que piensa la gente. Todo el mundo puede ser activista. Solo hay que añadir una bandera arcoíris a tu perfil de Facebook, o increpar a una persona mayor que no entiende lo que significa «no binario», y ya estás mejorando el mundo. De hecho, las redes sociales han posibilitado que demostremos lo íntegros que somos sin tener que hacer nada en absoluto.

Activistas como yo lideramos una nueva guerra cultural, detectamos el prejuicio como intrépidos sabuesos de la moralidad y hostigamos valerosamente la injusticia. Por dar un ejemplo concreto de nuestros logros, hemos conseguido ampliar la definición de la palabra «nazi» para que incluya a cualquiera que haya votado a favor del Brexit, o que se haya planteado votar alguna vez a un partido conservador, o que se niegue a tomar en serio el *Guardian*. Aunque esto ha sido una importante victoria para la causa progresista, también implica que hoy hay más nazis en Inglaterra de los que había en la Alemania de los años treinta. Por ello este libro no solo es oportuno, sino también esencial.

Un hombre no hubiera podido escribirlo. Los hombres nunca podrán llegar a ser woke por completo debido a su masculinidad eminentemente tóxica. Temen el poder del ióni, la cadencia primigenia del ciclo menstrual. Las mujeres son diosas celestiales, hermanas de sangre de la sagrada bruja de la luna.

Soy narradora de verdades, destructora de patriarcas y osada metafísica. Armada con un escroto de género neutro, toco los huevos a los enemigos de la justicia. Doy de mamar a los bebés de la esperanza con mis robustos pechos de igualdad.

Si estás leyendo esto, es posible que no seas capaz de mantenerte al día en las tendencias actuales. Mi deber es guiarte a través de los campos minados de la justicia, convertirte en una versión más satisfactoria de ti mismo. Imagina que soy una alfarera en su taller y que tú eres barro deforme en mis manos.

Si quieres, puedo darle forma a tu destino.

Mi lucha

Perdona, pero no olvides, chica, mantén la cabeza alta.

Tupac Shakur

Puede que yo naciera woke, pero, desde luego, llegué a un mundo que no tiene nada de woke. Por eso siempre he sido tan radical. Mi primera acción nada más nacer fue hacerme pis encima del obstetra. Al parecer, no lloré nada, lo que fue motivo de cierta preocupación. La enfermera me dio un azote para tratar de provocar una reacción. Pero me mantuve desafiante.

Soy hija única de padres abogados. Enseguida aprendí que mi educación privada y las vacaciones familiares en Montenegro y las Maldivas no eran más que una estratagema de mis padres para desviar la atención de la opresión que sufría.

Como era de esperar, mi infancia estuvo plagada de traumas psicológicos. Nacer en un mundo heteronormativo patriarcal supremacista blanco pone a prueba la psique de cualquiera, sobre todo la de un

bebé feminista del que se espera que esté tranquilo y no se queje.

Me amamantaron durante mis primeros seis meses de vida. ¿Acaso no se daba cuenta mi madre de que yo era vegana? ¿Le importaba siquiera? En cualquier caso, era abuso.

Antes incluso de salir de la cuna ya me estaba autolesionando con el imperdible del pañal. Cuando cumplí los cuatro años sufría tanto de anorexia como de sobrealimentación crónica. Es difícil detectar ambas condiciones cuando ocurren de forma simultánea, dado que la víctima termina comiendo regularmente una cantidad de comida normal.

Pero yo sangraba por dentro. Literalmente, mis entrañas estaban llenas de sangre.

Cuando me matriculé en la guardería local decidí identificarme como género no binario. Instintivamente sabía que tenía que resistirme a lo que Laurie Penny describe como «el desastre de la heterosexualidad». Estaba a años luz de mi tiempo; en aquella época ni siquiera existía aún el término «no binario». Los profesores nunca habían oído hablar de baños de género neutro, y mis peticiones cayeron en oídos sordos. Por tanto, no es de extrañar que haya terminado con un grave caso de estrés postraumático autodiagnosticado.

Siempre he sido creativa con el lenguaje. Me acuerdo cuando, a la hora de la comida en la guardería, usaba la pasta de letras para deletrear sinónimos imaginativos de la palabra «vulva». Ya a la tierna edad

de cinco años me propuse desmitificar los prejuicios sociales tan extendidos contra el sistema reproductivo femenino.

Con los años empecé a destacar en todas las asignaturas, excepto en biología, física, química, economía, historia, religión, informática y matemáticas. Enseguida me di cuenta de que esto no era debido a un «fracaso» por mi parte, sino que más bien se debía a que estas materias son constructos patriarcales para perpetuar el privilegio blanco. Mi yo adolescente era desconfiado por naturaleza; sin duda, las notas bajas eran un valiente acto de autosabotaje subconsciente.

Como apuntó la profesora Rochelle Gutiérrez, de la Universidad de Illinois: «A muchos niveles, las propias matemáticas operan como la blanquitud». De hecho, se sabe que el Ku Klux Klan incendiaba el símbolo de la suma para intimidar a sus víctimas.

Además, Pitágoras toqueteaba a los niños.

Fue en el colegio donde mi predisposición poética encontró un objetivo contra el que luchar. Un varón cishet llamado Gourlay que nos daba clase de inglés trató de enseñarnos uno de los sonetos de Wordsworth. Creo que iba de un puente, o algo así. Todo ello —la rima forzada, la mala ortografía (¿qué narices es un «doth»*?), el sentimiento de privilegio masculino—

* *N. de la T.*: «Doth» es una forma arcaica de la tercera persona del singular del presente de indicativo del verbo «to do» («hacer», en inglés), utilizada a veces en textos poéticos.

me provocó arcadas. En la prueba práctica final de la asignatura de arte dramático presenté una obra improvisada en la que defecaba en el escenario sobre un volumen de las obras completas de Wordsworth. Aquello redujo bastante mis posibilidades de llegar a ser delegada de curso, pero mereció la pena.

Mi educación superior fue típica. Estudié Lenguas Modernas en Oxford y después continué con un Máster en Estudios de Género, en el que escribí una disertación revolucionaria sobre el tecnopaganismo y la naturaleza corrosiva del futuro cismasculino. Es una de esas carreras que te preparan para la vida en el mundo real.

No fue hasta la universidad cuando compuse mi primera auténtica obra maestra poética: «Castrar a todos los hombres blancos». Era tan radical e impactante que el periódico estudiantil se negó a publicar el texto. El argumento del director de que «sencillamente no es muy bueno» era a todas luces una excusa para eludir la inevitable controversia que hubiese causado. Me tomé su rechazo como una demostración de misoginia institucionalizada y realicé una performance de protesta que consistía en gritar el poema repetidas veces en la calle principal, cubierta de sangre menstrual y lanzando lombrices a la gente que pasaba.

Desde entonces, he trabajado incansablemente para producir los escritos más potentes y disidentes jamás vistos. Las palabras pueden cambiar el mundo. Cuando los activistas queer se apropiaron de la palabra «gay», que tradicionalmente había significado

«feliz», lograron el objetivo de aumentar la homosexualidad y reducir la felicidad simultáneamente. Tal es el poder del lenguaje.

Yo no escribo poemas; escribo afiladas dagas de verdad.

En estos momentos resido en una de mis propiedades en Londres, un adosado de tres dormitorios en Kensington. El cuarto de servicio no es especialmente grande, pero son estos desafíos cotidianos los que nutren mi ingenio. Me alimento de infortunios, los digiero y los regurgito de nuevo al éter en un precioso chorro caleidoscópico.

Mi misión es impulsar un cambio a mejor en el mundo, seguir los pasos de luminarias pioneras como Emmeline Pankhurst, Rosa Parks y el tipo que interpretó al Sr. Sulu en *Star Trek*. Me encanta la palabra «woke» porque nuestra sociedad es una bestia somnolienta que lleva demasiado tiempo atrapada en un coma. Necesita un pequeño empujón.

Ahí es donde entro yo. Soy extraordinaria empujando bestias. Sigue leyendo y, con mi ayuda, tú también podrás despertar en tu interior esa conciencia woke.

Que le jodan al patriarcado

Cuando una mujer alcanza el orgasmo con un hombre está colaborando con el sistema patriarcal, erotizando su propia opresión.

Sheila Jeffreys

Tengo palabras de sabiduría para todas las mujeres jóvenes. No importa lo que hagas en la vida, ni el éxito que tengas, siempre serás una víctima del patriarcado. Entender esto es la clave para tu empoderamiento.

Desde los albores de los tiempos, e incluso antes, las mujeres han estado oprimidas bajo la losa del patriarcado. La historia de la parte femenina de la humanidad es como la de un escarabajo pelotero tratando de atravesar el Serengueti con una bola de estiércol de caballo a la espalda. Sí, las mujeres en Occidente pueden votar, hacer carrera y todos esos clichés que tanto les gusta repetir a los hombres. Pero la triste realidad es que las mujeres en nuestra sociedad están más oprimidas que nunca. Es preci-

samente la *ilusión* de libertad lo que hace que nuestra opresión sea todavía más devastadora. El hecho de que haya tantas mujeres que piensan que están disfrutando de sus vidas solo sirve para reforzar mi argumento.

La liberación de la mujer es un espejismo. Cuando parece que está a nuestro alcance, se evapora. Nunca dejes que un hombre te diga que no eres una víctima. Un hombre desnutrido y sin hogar que viva en la calle sigue siendo técnicamente más privilegiado que la reina.

Por suerte, activistas como yo —y como Laura Bates, Emma Watson y Caroline Criado-Perez— estamos luchando sin descanso para inyectar por fin algo de estrógeno en este moribundo organismo. Siento verdadera afinidad con estas infatigables defensoras de los oprimidos. Para empezar, tenemos amigos en común, sobre todo en los círculos de debate estudiantiles, o de los torneos de hockey de nuestra época universitaria. Además, mis padrinos solían pasar los veranos en un resort en Suiza frecuentado también por la familia Criado-Perez, así que estamos prácticamente emparentadas.

La lucha puede ser desalentadora, como ya describió Laurie Penny en su libro *Bitch Doctrine*: «Llevo años luchando, incluso cuando era una adolescente desorientada y confusa, por un mundo en el que se trate a las mujeres como seres humanos, y a veces da la sensación de que nada ha cambiado». Casi es como si su trabajo no hubiera dejado ninguna huella.

La palabra «mujer» significa «humano femenino», mientras que «hombre» simplemente quiere decir «humano». Desde un punto de vista lingüístico, esto implica que las mujeres somos la excepción a la norma. Para rectificarlo, a veces utilizo «nomujer» para referirme a los hombres, y «nochica» para los chicos. Asimismo, suelo llamar «nogays» a las personas heterosexuales para que también sepan lo que se siente cuando te tratan como la otredad.

Personalmente, no tengo paciencia con los hombres cis. Para mí, el hombre ideal es aquel que, citando a aquella gran feminista, la difunta Andrea Dworkin, ha sido «golpeado hasta convertirlo en una masa sanguinolenta, con un zapato de tacón incrustado en la boca, como una manzana en la boca de un cerdo». Dworkin resaltaba por una excepcional genialidad que produjo algunos de los escritos feministas más perspicaces del siglo xx y fue una activista clave en el movimiento antipornográfico. Todo esto lo logró pese a su absoluta falta de carisma y tener una cara como un perro de presa. Una verdadera inspiración.

La próxima vez que te encuentres cerca de un hombre, observa atentamente su comportamiento. Todo lo que hace es fálico por naturaleza. Está de pie, erguido y *erecto*, siempre tratando de mostrar una actitud dominadora. Se pasea de un lado a otro, impulsando sus piernas hacia delante y hacia atrás, como si estuviera soñando con la cópula. Escupe cada palabra que dice, proyectando cada sílaba, simulando la más violenta eyaculación. Cuando se trata de hombres, cada

gesto, cada palabra, cada pensamiento es un acto de agresión sexual.

Algunas lectoras pueden estar pensando ahora: «Pero yo conozco algunos hombres adorables, respetuosos, simpáticos, que jamás soñarían con hacer daño a una mujer». Permittedme que os corte este engaño de raíz. *No, no los conoces*. Si crees que algún hombre en tu vida es un ser humano agradable, no es más que una demostración de lo mucho que te han embaucado.

Con esto también me refiero a tu padre, si tienes la mala suerte de tener uno. Reconozco sin tapujos la existencia de mi padre, pero mantengo las distancias. De vez en cuando me cruzo con él, normalmente en funerales, o cuando ojeo la revista *Vogue* mientras Nenita termina de hacerme la colada. Si soy sincera, aparte de la provisión del ADN y de un modesto fondo fiduciario, no creo que mi padre haya sido de ninguna utilidad.

Desde su nacimiento, los hombres son entrenados para ignorar los deseos de las mujeres. Pensándolo bien, el proceso empieza mucho antes. Cada hombre comienza su vida dentro del cuerpo de su madre. Está literalmente dentro de una mujer sin su consentimiento verbal. No puedo expresarlo más explícitamente. *Lo primero que hace un hombre en la vida es violar a su propia madre*.

La cuestión de cómo existir siendo mujer en un mundo patriarcal debería ocupar la mente de cualquiera que sea realmente woke. Nos presenta una cierta paradoja. No me cabe ninguna duda de mi superioridad innata sobre los hombres y, aun así, me siento oprimida.

Con el fin de acabar con el patriarcado debemos trabajar conjuntamente para borrar de nuestra mente los estereotipos de género. En agosto de 2018, Ann Millington, la directora ejecutiva del servicio de bomberos de Kent, pidió que se renombrara al popular personaje de animación Fireman Sam como «Firefighter Sam»* para fomentar una mayor diversidad en el cuerpo de bomberos. Su lógica es irrefutable. La *única* razón de que las mujeres no entren en el cuerpo de bomberos es porque no han tenido personajes de animación que les dieran ejemplo.

Sinceramente, si un «*bombero*» intentara rescatarme de un edificio en llamas, le diría que se fuera a la mierda.

El patriarcado es muy antiguo. Nuestro planeta existe desde hace más o menos cuatro mil quinientos millones de años, lo que quiere decir que llevamos cuatro mil quinientos millones de años de tiranía masculina. Lo que realmente necesitamos es un sistema de reparaciones. La mejor solución sería invertir directamente el orden social actual. Los sueldos de las mujeres deberían ser dos veces más altos que los de los hombres para compensar las injusticias históricas.

Además, me gustaría que todas las posiciones de poder estuvieran ocupadas por mujeres: en la prensa, en el ámbito judicial, las artes y la política. No es suficiente con tener una mujer primera ministra del Rei-

* *N. de la T.*: Fireman Sam se traduce literalmente como «hombre bombero Sam», mientras que la palabra «fighter» (luchador) no tiene connotación de género en inglés.